

SOBRE LA SÍNTEISIS DE LA HISTORIA DE MÉXICO

Josefina VÁZQUEZ DE KNAUTH
El Colegio de México

YA EN 1865 don Manuel Larrainzar en su *Algunas ideas sobre la Historia y la manera de escribir la de México*, señalaba qué importante y necesario era “dotar a México de una *Historia general*, en que reuniéndose todos los materiales que existen... se escriba bajo un plan bien combinado, *en que prevalezca la unidad de pensamiento*... de manera que presente en su conjunto un todo perfecto, en que no se eche de menos nada de lo que debe contener la historia general de una nación”.¹ Pero lo más curioso es que a continuación se lamentaba de algo que todavía nos lamentamos: “cualquiera que tenga una ligera tintura de esta materia, conocerá que México todavía no posee una obra de esta naturaleza”. Larrainzar se consolaba pensando que no era “una mengua, ni debe llamar mucho la atención; porque esta clase de trabajos son la obra lenta del tiempo y del concurso de muchas circunstancias”. La mayor parte de nosotros sentimos, sin embargo, que ha pasado mucho desde el intento del grupo encabezado por Riva Palacio y de la síntesis genial de Justo Sierra, que cumplieron la misión de entregar las visiones de la historia de México adecuadas a las exigencias de su tiempo.

Muchas son las cosas que han estorbado la realización de buenas síntesis, y una de ellas es, sin duda, la carencia de buenas monografías sobre muchos momentos críticos —el siglo xvii, la etapa de 1821 a 1854 o la Revolución Mexicana, serían

¹ JUAN A. ORTEGA Y MEDINA, *Polémicas y Ensayos Mexicanos en Torno a la Historia*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1970, p. 161.

buenos ejemplos. Pero tal vez el problema básico ha sido que, a la manera de los románticos, los historiadores han servido al nacionalismo. Y no es extraño, puesto que México advino a la vida independiente como un mosaico de gente a la que, de manera tenue, unía la religión, la lealtad a la monarquía española y, en ocasiones, la lengua. Se vio en la historia un instrumento para constituir una nación y substituir la falta de experiencia política de los novohispanos. Más tarde, al triunfo del grupo liberal, la historia iba a tener una tarea más definitivamente nacionalista: forjar en el niño la lealtad a la patria, representada por el gobierno republicano. La mayor parte de los historiadores, convencidos o no, han seguido la línea que en otra ocasión hemos llamado "oficialista". Estos historiadores se han empeñado en probar los mitos y las explicaciones que servían a los fines del grupo vencedor o del gobierno en turno. Frente a ellos, representantes del bando enemigo usaron la historia para tratar de ganar por lo menos "el juicio de la historia", ya que habían perdido el poder. En cada etapa hubo también conciliadores o historiadores que trataron de escapar al servicio de la política, pero, en general, fueron las excepciones.

Y no es que no haya habido en México intentos de meditación filosófica seria que traspusiera los límites de la pequeña interpretación, requisito indispensable para llevar a cabo una verdadera síntesis histórica. El reciente libro de Ortega y Medina, *Polémicas y Ensayos Mexicanos en torno a la Historia*, nos recuerda algunos de los esfuerzos olvidados, como los de Gómez de la Cortina, del propio Larrainzar, de García Granados, de Porfirio Parra, de Antonio Caso y de Agustín Aragón, para no citar a nuestros conocidos José Gaos y Edmundo O'Gorman. A menudo, sin embargo, los que han intentado hacer síntesis históricas, no han tenido una idea clara de la tarea, y por si esto no fuera poco, al estar destinados a textos escolares o convertir la historia en arma política, no sólo han limitado su libertad, sino que se han perdido en detalles polémicos. Así, en lugar de ver la historia como el proceso que iba dando ser a México, reconocían o negaban

parte de ese proceso, levantaban o tiraban héroes, acusaban o defendían intentos o realizaciones del pasado.

No cabe duda que la historia de la historiografía mexicana podría enseñarnos mucho sobre la constitución del mexicano y su búsqueda constante de sí mismo; las síntesis, en particular, serían fuente inapreciable para conocer las ideas y creencias que las produjeron.

Las últimas dos décadas vieron florecer intentos de síntesis interesantes, pero que no llegaron a cuajar por completo. Algunas historias son casi exclusivamente políticas; otras olvidan que el país es algo más que la ciudad de México; las más terminan antes de la Revolución o cuando más cubren la etapa violenta; por último, las que se han aventurado más allá de la historia política, han caído en algo de lo que Womack define como "tratar la historia como una ciencia social en el tiempo".

La crítica es excelente, pero sin duda si nos quedamos en ella no llegamos a ningún lado. Por tanto, vale la pena hilvanar unas cuantas ideas al respecto. Como cada generación necesita elaborar su propia visión del pasado, de nada serviría cumplir con el excelente programa propuesto por Larrainzar, aunque, sin duda alguna, todavía puede estimular muchas ideas para acercarse a la historia del país. "Nuevas condiciones demandan una comprensión fresca del pasado" dice Óscar Handlin en el prefacio de su síntesis de historia de los Estados Unidos² y sin duda, gran parte de los libros, aún los escritos recientemente, han ignorado que estamos en la segunda mitad del siglo xx, que las comunicaciones modernas han achicado la tierra, que el hombre ha traspuesto el planeta y que, aunque nos empeñemos, no podemos dejar de interesarnos en Vietnam, el Medio Oriente y los problemas creados por la entrada de algunas sociedades en la era posindustrial. Desde el triunfo liberal hasta la década de los cuarentas —en que se encontraron los restos de Cor-

² OSCAR HANDLIN, *The History of the United States*, Holt Rinehart and Wiston, Inc., Nueva York, 1967, p. V.

tés y Cuauhtémoc— los mexicanos dieron gran significación al lugar que esos personajes habían jugado en nuestra historia y el relato de la Conquista ocupó gran parte del apartado dedicado a la época colonial. Relacionado al mismo tema del rechazo o la aceptación de nuestro legado histórico, también el período de la Independencia ocupó buena parte de la historia nacional. El “problema” de la Reforma era también polémico, dilucidado a través de la valoración extraña de ¿quiénes fueron los traidores? Los extremos de los cuarentas acallaron la actualidad de la Conquista, pero dejaron viva la discusión sobre la Independencia y la Reforma, que sólo hasta los años sesenta se empezaron a ver desde una perspectiva más justa. La generación actual, en México como en otros países del mundo, se conmueve ante la contradicción de nuestro mundo moderno. Los logros de la tecnología, los adelantos científicos, son contemporáneos del hambre, el atraso y la explotación. El optimismo posrevolucionario hizo pensar a muchos hombres que el Mezquital desaparecería naturalmente con la modernización; hoy, cualquier mexicano consciente no puede menos que conmoverse, no sólo con el Mezquital, sino con la corrupción y con el hecho de que junto al esplendor del Pedregal, exista la Ciudad Netzahualcóyotl. ¿Podemos justificar todas estas injusticias, como antaño muchos lo hicieron, ingenuamente, con la Conquista? Todos los argumentos históricos suenan huecos, como finamente lo plantea Rosario Castellanos en su artículo “Indagación sobre el ser nacional. La tristeza del mexicano”.³

³ *Excélsior*, 30 de enero de 1971: “El mexicano es triste ¿por qué es triste? Porque Tezcatlipoca puso de vuelta y media a Quetzalcóatl; porque el indio escuchó ‘el sollozar de sus mitologías’; porque la Malinche traicionó a su raza; porque Cortés lloró bajo el árbol de la noche que en su nombre lleva ya nuestra característica; porque la conquista se hizo con lujo de fuerza y de crueldad y no como se hacen todas las otras conquistas que es a base de convencimiento; porque nunca aprendimos a hablar bien el español, lengua ultramarina si las hay, y así cuando queremos escribir una obra maestra no nos sale, porque tenemos que andar ¡todavía!, a cachetadas con las palabras; porque los encomenderos obligaban a sus encomendados a trabajar todo

La preocupación que provocan nuestros contrastes, ya no se acalla con simplismos. Las nuevas generaciones quieren encontrar una explicación y si se acercan a la historia es buscándola. En general, lo que ofrecen las síntesis existentes se parece, como lo hemos dicho en otro lugar, al mural de Diego Rivera en la escalera de Palacio: un amontonamiento de miles de retratos y de escenas violentas. Hay cambio en el vestido, pero no se explica por qué. Todo parece estar dominado por las caras de soldados, de religiosos y de múltiples héroes y gobernantes. Aunque en muchas instancias se trata de superar la simple historia política y se analiza el cambio de las instituciones y las ideas, no se logra dar idea de los efectos que el paso del tiempo va causando en el pueblo mexicano, ni de cómo se han originado algunos problemas sociales y se han superado otros. Falta pintar lo que sucede en la base de la sociedad, la interacción de las culturas, la resistencia al cambio o la transformación de la vida cotidiana bajo la influencia de las revoluciones, de la importación de modas o de ideas. Describir la interacción de las ideas y de los hechos, el paso de ciertas ansiedades, supersticiones, creencias e ideales, a otras diferentes. Para lograr esto, hay que abandonar la relación meramente cronológica y cuestionar las divisiones tradicionales que aceptamos sin meditar en su validez. Habrá que plantear una periodización que per-

el día y a rezar todas las noches el rosario; porque los virreyes eran inaccesibles y los amanuenses corrompidos; porque Iturbide se coronó emperador; porque Santa Anna perdía una pata y metía la otra; porque no hubo parque y por eso están aquí; porque Maximiliano era tan guapo que, aunque nos lo enseñen desde la primaria como el villano de la película, no podemos menos que enamorarnos un poco de él y de llorar su triste fin cuando lo vemos rememorado en la televisión; porque Juárez no debió de morir, pero se murió porque entre el ser y el deber ser existe un abismo insondable; porque bailamos con don Porfirio y no se nos olvida; porque nos terciamos el rebozo de la Adelita y echamos bala con Pancho Villa y desorejamos cristeros y luego todo se metamorfoseó en un barrio residencial en el Distrito Federal, porque... no, ya no. Hemos llegado demasiado lejos. Es decir, demasiado cerca."

mita estudiar unidades temporales desde todos los ángulos, e interpretarlas con respecto al todo.

No es posible tampoco seguir centrandó nuestra atención en tres momentos cruciales: la Conquista, la Independencia y la Reforma. La Conquista es el hecho fundamental que da nacimiento a la entidad histórica que después será México, pero con toda su importancia no puede ocupar una atención casi total en el apartado dedicado al Virreinato. Tres siglos de historia forjaron una sociedad, una cultura, unos hábitos y una serie de valores que explican gran parte de la problemática del primer siglo de vida independiente.

Nadie negaría la importancia de la Independencia y la Reforma, pero no basta con relatar un solo punto de vista. Hace falta referirse, tanto como sea posible, a los fracasos y a las victorias, a los vencedores y a los vencidos. Por otra parte tampoco podemos saltar de un momento crucial al otro, ya que entre ellos hubo muchos cambios que prepararon el terreno para lo que vino después. El complicado periodo que va de 1821 a 1867, sin duda fue producido por el rompimiento del orden legal y los esfuerzos por llenar ese vacío mediante la creación de un verdadero Estado. No todos los mexicanos estaban de acuerdo en la forma de construirlo y tanto los diferentes intereses, como las diferentes convicciones sobre la mejor forma de organizar y dirigir al país, provocaron el caos constante, aunque las potencias comerciales también contribuyeron con su granito de arena. La "bola" jugó un papel modelador de la sociedad, hasta ahora no considerado, y que expresaba parte de las fuerzas centrífugas y de la discordia social existentes. La guerra del 46 no alcanza en las síntesis el lugar que le corresponde. Fue una calamidad, no cabe duda; el país se redujo a sus dimensiones "reales", pero además de ejemplificar la inexistencia de una nación, al significar una sacudida violenta, hizo despertar de su marasmo a toda una generación más consciente y sembró las bases para que el país adquiriera un sentido nacional.

Las síntesis necesitan explicarnos más comprensivamen-

te a los dos bandos de la Reforma, su formación e ideología, para que se entiendan las dimensiones del enfrentamiento irreconciliable. Habría que mencionar hasta qué punto el pueblo quedó a un lado en esa contienda ideológico-política, y hasta qué punto toleró o colaboró con el Imperio.

Algunas síntesis han aventurado juicios duros sobre las consecuencias de la Reforma. Pero si la sociedad y la economía de ese tiempo no se describen debidamente, no se entenderá cómo se formó el latifundio y cuándo se quedó el indio sin tierra. Habría que trabar con cuidado las explicaciones para aclarar por qué las buenas intenciones de los liberales se tradujeron en un agravamiento de la situación, ya precaria, de las clases más bajas. A la vida urbana también tiene que inyectársele vida; pintar sus contrastes y acomodamientos, sus ideas y modas, nativas e importadas, sus reacciones ante las muestras de las primeras maravillas de la tecnología. Por qué al caos sucedió el orden y cómo con el orden volvió a aparecer la fe en el progreso. Las dudas, los titubeos sobre los caminos a seguir para pasar del país que era al país que fue: educación, comunicaciones, comercio, colonización.

Habría que pintar la sensación de progreso que embargaba a los mexicanos en la primera década de este siglo, a pesar de reconocer sus grandes problemas, para entender cómo al orden sucedió un intento de solución política que desembocaría en la Revolución Mexicana. No se puede evitar tratar la Revolución con el pretexto gastado de que "aún no ha terminado". Hay que aventurar una interpretación y decidirnos a verla como pasado. Con todas sus contradicciones de intención, acción y resultados, no cabe duda que impulsó las características del México en que vivimos. Creemos que no debería faltar el análisis de la sociedad mexicana de 1920 a 1950. Las transformaciones, profundas algunas veces, superficiales otras, junto a la persistencia del pasado. El desarrollo de las comunicaciones, la industrialización, la modernización de la agricultura, el esfuerzo por extender la educación han influido grandemente en el desarrollo de algunas regiones y en el cambio de aspecto y cre-

cimiento de las ciudades; pero junto a esto, gran parte del país ha permanecido inmutable.

En alguna medida pediríamos una historia social, aunque no a la manera de Travelyan, de una historia en la cual la política queda fuera. Imposible, más bien desearíamos una pintura, lo más completa posible, de la vida en cada etapa. Y para que sea vida tiene que tener sociedad, política, cultura, economía. Sin embargo sería aconsejable no mostrar la utilería. No se necesita explicar toda la trabazón. De la narración deberían desprenderse las explicaciones. Para ello, además de una idea muy clara de la tarea histórica, sus posibilidades, limitaciones y metas, haría falta una buena pluma, capaz de inyectar vida a la narración.